

El Cuerpo y la Sangre de Cristo



30 de mayo de 2024

Ex 24, 3-8

Sal 115

Heb 9, 11-15

Mc 14, 12-16.22-26

P. Eduardo Suanzes, msps

En la comida, Jesús ejecuta los gestos propios del que preside el banquete, que, en la cena pascual, era el padre de familia: bendice a Dios, parte el pan en trozos y lo distribuye a los presentes. Hasta aquí cumple los gestos propios de una comida en común.

Pero, en este momento, se introduce un elemento insólito. En la comida judía, se distribuía el pan sin decir nada. Jesús en cambio, invita a aceptarlo: «*Tomen*», lo que delata un interés especial en que este pan sea hecho propio por cada uno. La razón de este interés quedará patente con la explicación que sigue sobre el significado del pan.

Las palabras explicativas («*esto es mi cuerpo*») no tienen paralelo en la cena pascual judía. Para comprender su sentido, hay que considerar el significado del término «cuerpo» en la cultura judía del tiempo. «Cuerpo» designaba la persona misma en cuanto era identificable y capaz de comunicación y actividad. En el lenguaje bíblico, y por tanto en el lenguaje de Jesús (y en el de Pablo), «*cuerpo*» designa al hombre entero, al hombre en su totalidad y unidad; designa al hombre en cuanto que vive su vida en un cuerpo, en una condición corpórea y mortal¹. Por tanto, según las palabras de Jesús, el pan que ha cogido y distribuido representa a su persona viva y activa.

Pero es que aún hay más. En el contexto judío, sin embargo, **el pan** tenía un significado más allá de su realidad material. De hecho, era metáfora de la Ley, pensando que ésta, en cuanto norma de conducta, alimentaba y daba vida al hombre. Ahora bien, al identificarse con el pan, **Jesús toma el puesto de la Ley**; ésta, **en cuanto alimento y norma de vida, queda sustituida por él mismo**; él es la norma, el único pan capaz de dar vida plena. Lo que da vida al hombre no es ya un código escrito, sino la asimilación a la persona de Jesús («comer de su pan que es su cuerpo, su vida»).

Aparece ahora el verdadero sentido de la invitación: «*Tomen*». Jesús, que ha convivido con los Doce y actuado en su presencia, les urge a que se asimilen a él, por un lado, y que lo acepten como norma de vida y continúen su actividad salvadora, por otro.

La aceptación de este pan, con el que Jesús se define como norma de vida, no sólo creará una comunión entre el discípulo y Jesús, va más allá: implica, como decimos, una voluntaria asimilación a Jesús y un compromiso de vida que transforman al hombre.

«*Jesús les dio el pan a ellos*», les dio su vida, su ser, todo lo que él es a ellos. La entrega de Jesús a cada uno es la muestra palpable de su amor, que no queda en lo abstracto, sino que tiene por objeto cada individuo en particular. El pan que está en la mano de Jesús («*tomando en la mano un pan*») deberá estarlo en la de cada uno de los discípulos

¹ RAINIERO CANTALAMESSA, *La eucaristía, nuestra santificación*. Ed. C.B. Comercial de Publicaciones. Valencia, 1997

(«*tomen*»). Jesús invita a sus discípulos a aceptar la realidad personal de él y a traducirla en su vida.

A continuación les pasa la copa a los discípulos («*se la dio a ellos*»). «Comer el pan» y «beber de la copa» son actos inseparables. El pan representa, dijimos, la persona y obra de Jesús. Entonces, si Jesús con el pan, que es su cuerpo, se ha dado completamente en su vida a los discípulos ¿qué es lo que añade la copa? Pues añade su entrega hasta el fin. Eso es lo que añade la copa a la vida: añade la muerte.

Pero el gesto de Jesús es insólito. Beber todos de la misma copa («*todos bebieron de ella*») era contrario a la costumbre, pues cada comensal tenía la suya. Con este hecho indica Marcos que Jesús invita ahora a los discípulos a asimilarse también con su muerte.

Si la primera condición del seguimiento era «*negarse a sí mismo*», beber de la copa equivale, pues, a cumplir la segunda condición del seguimiento («*cargar la cruz*»), la de entregar la vida.

Pero, así como con el pan había un segundo significado, aquí con la copa existe otro también. Atendiendo al Antiguo Testamento, y en concreto al Cantar de los Cantares², en el contexto nupcial, el vino es símbolo de alegría, del amor: aquí el esposo es Jesús, y la esposa la comunidad. Y ese amor que Jesús comunica con la copa no puede ser más que el Espíritu, la vida de Dios mismo, que potencia al hombre y lo va capacitando para un amor como el de Jesús. En la eucaristía, que incluye la identificación con Jesús y su misión (pan) y el propósito de llevarla hasta sus últimas consecuencias (copa), se derrama el Espíritu («*él les bautizará con Espíritu Santo*»³), que hace hijos de Dios. No hay dos frutos, uno del pan que se come y otro de la copa que se bebe; ambos actos, que se complementan, son fuente del Espíritu, la fuerza de vida del amor del Padre. Jesús es alimento en cuanto da el Espíritu-amor.

Pero es que además, Jesús dice que el vino, el contenido de esa copa, «*es la sangre de la alianza mía*». Es clara la conexión con la Primera Lectura. Moisés coloca doce piedras alrededor del altar que ha preparado para sellar la alianza con Dios; esas doce piedras son el símbolo de las doce tribus de Israel: piedras que también se rociaban con la sangre del sacrificio. Aquí están Los Doce, que simbolizan al nuevo Israel recibiendo la sangre de Cristo, la del sacrificio, la Nueva Alianza. Porque no hay que olvidar que el relato de la Última Cena es la narración teológica de lo que sucederá horas más tarde. La eucaristía es el misterio del cuerpo y de la sangre del Señor, es decir, ¡el misterio de la vida y de la muerte del Señor!, ¡es la Nueva Alianza en Jesús!

Jesús alude al final al inminente final de su vida. La sangre de la que habla va a derramarse muy pronto, pero ese «*hasta el día aquel*» proclama al mismo tiempo su triunfo, anunciando claramente a los suyos: la continuidad de su vida más allá de la muerte. La muerte que va a sufrir, simbolizada por la copa que contiene su sangre, no será un fracaso; al contrario, mediante ella, se derramará el Espíritu, que creará la nueva humanidad. Jesús

² Cant 1,3.4; 4,10; 5,1; 7,10; 8,2

³ 1,8

manifiesta su absoluta seguridad en la eficacia de su entrega; ella permitirá que haya en el mundo una calidad de amor que nunca antes había existido⁴

⁴ Cfr. JUAN MATEOS Y FERNANDO CAMACHO. *El Evangelio de Marcos. Análisis lingüístico y comentario exegético*. Vol III. Ed. Herder. Barcelona, 2016